

La magna unción final

Reflexiones acerca del sacramento
de la unción de los enfermos



José Antonio
FORTEA

Editorial  Dos latidos

© Copyright José Antonio Fortea Cucurull

Título: La magna unción final

Todos los derechos reservados

fort939@gmail.com

Editorial Dos Latidos

Benasque, España

Publicación en formato digital en febrero de 2018

www.fortea.ws

Versión para tablet

La magna unción final

Reflexiones acerca del sacramento
de la unción de los enfermos



J.A.
FORTEA

índice

prólogo 1

Cuestiones generales

- el carácter sacerdotal de la unción de los enfermos 3
- el carácter real del sacramento 9
- misterio de purificación 12
- misterio de gracia 14
- ¿siempre produce estos efectos? 16
- sanación corporal 19
- ¿cuál es el momento ideal para recibir el sacramento? 22
- ¿por qué Dios permite que algunos cristianos mueran sin este sacramento? 26

Consideraciones espirituales

- nadie muere antes de la hora 27
- la vejez como enseñanza de Dios 28
- preparación para la muerte 29
- jaculatorias para ser repetidas 30
- ¿me puedo condenar en el último momento? 31

Algunas añadiduras para los sacerdotes

- ¿se puede mezclar con óleo no bendecido? 33
- el hombre alejado de la religión y ya inconsciente 35
- relación entre el bautismo y la confirmación 39

Oraciones y aspectos rituales

- oraciones para conferir el sacramento 41
- la antigua fórmula del Ritual Romano 43
- simbolismo de los lugares de las unciones en los sacramentos 45
- administrando el sacramento in modo solemne 48
- administrando el sacramento in modo maximo 54

epílogo 58



prólogo

Escribir este libro habrá valido la pena si es de ayuda para una sola persona que vaya a morir. Qué grandioso es entrar en la muerte con los ojos abiertos, bien preparado nuestro espíritu, llena de esperanza en Dios nuestra alma. Entrar en esa región del más allá con plena conciencia, sintiendo puro amor hacia nuestro Padre Celestial.

Aquí hablo de un modo óptimo de recibir el sacramento. No soy un iluso, sé muy bien lo que es la realidad. He escrito esta obrita mientras soy capellán de un hospital de casi cuatrocientos ingresados. Todos los días mueren personas. Para mí, este sacramento es algo habitual en mi vida sacerdotal. Por eso escribo estas líneas después de mucha reflexión personal y no tanta procedente de las lecturas.

Reitero que se describe aquí el modo ideal de recibir el sacramento. Uno puede no haber llevado una buena vida, pero, al menos, que los últimos días de nuestra existencia sean perfectos a los ojos de Dios.

Cuestiones generales



el carácter sacerdotal de la unción de los enfermos

Un misterio sagrado de gracia hay al comienzo del camino del hombre cristiano: el bautismo. Otro misterio de gracia hay al final de su camino: la unción de los enfermos.

En los tiempos del Antiguo Testamento, no se ungía a todas las personas. Sólo eran ungidos los sacerdotes y los reyes¹. Con la única excepción del rey, nadie era ungido salvo los sacerdotes. Por eso el sacramento de la unción de los enfermos tiene un claro carácter sacerdotal. Entendido este carácter dentro del sacerdocio común de los fieles.

Profundicemos en este carácter sacerdotal del sacramento: La enfermedad es como un tiempo de seminario. Un tiempo en el que uno va aprendiendo, se va preparando y se va configurando a Cristo en sus sufrimientos, hasta llegar al momento culminante de su Pasión. Así, la agonía es el Calvario de esa persona. Agonía proviene de la palabra griega “lucha”. Ese momento final es una verdadera y auténtica lucha.

¹ En todo el Antiguo Testamento, sólo nos consta la unción del profeta Eliseo (1 Reyes 19,16). El que no se ungiera a los profetas, era para dejar claro que el ser profeta procedía de una concesión directa de Dios. Esa ausencia de unción, en el caso de los profetas, expresaba que ese don no era otorgado por ningún rito de los hombres por sagrado que fuera. En el caso de Eliseo, la unción se realizó únicamente con el propósito de santificarlo, dado que Dios y solo Dios le iba a entregar el don del profetismo.

El momento preciso ideal para recibir las gracias espirituales para esa lucha, es justamente antes de la agonía; con la persona consciente de que está llegando al final de su viacrucis y de que va a ser clavado en la cruz de su enfermedad. Justo antes de ser clavado a ella, sería el momento óptimo para recibir la unción. Pues todos sus sufrimientos previos le han preparado para recibir la mayor cantidad de gracias posibles en ese momento en el que culmina su vida. Ese momento irrepetible y supremo en que uno está todavía consciente, pero sabe que pronto no lo estará.

El seminarista culmina su preparación en el seminario, con la ordenación sacerdotal. El enfermo culmina su preparación con la recepción de la extremaunción². Ordenación en la que uno se ofrece a sí mismo como víctima sobre el altar de sufrimiento.

Tanto en la ordenación sacerdotal, como en el sacramento de la unción de los enfermos, los que reciben el sacramento se hallan postrados. El ordenando boca abajo para que caiga sobre su cabeza la gracia de lo alto. El enfermo boca arriba ya mirando hacia Dios, ya puestos sus ojos el camino que ha de seguir su alma hacia los cielos. Boca arriba, sabedor de que en esa postura pronto exhalará su espíritu hacia lo alto.

El lecho como ara de sufrimiento y oración. La ofrenda que uno tiene para Dios en ese momento de pobreza y soledad es uno mismo. La persona se convierte ofrenda. El enfermo se convierte en sacerdote de sí mismo. Lo único que se tiene en las manos, en ese momento, es a sí mismo y sus sufrimientos: víctima y sacerdote. Víctima adornada con las joyas de los dolores, de la fe, la paciencia y la perseverancia.

² Los nombres de “unción de los enfermos” y de “extremaunción” son ambos adecuados. Un nombre recalca que se administra a los enfermos, el otro nombre recalca que es la última unción, la que está en el extremo de la vida. Antes del Concilio Vaticano II, la Iglesia usaba el nombre de extremaunción. Después de ese concilio, se prefirió el otro nombre y se indicó que se usase en los documentos oficiales; pero el primer nombre no está prohibido.

Sobre la cama tiene lugar una verdadera pasión y hay un verdadero sacerdote, con el sacerdocio común de los fieles. El presbítero ofrece su sacrificio sobre los manteles del altar. El enfermo ofrece su sacrificio sobre las blancas sábanas del altar.

El presbítero con sus ritos actualiza el sacrificio del Calvario. Pero Cristo en el Calvario no precisó hacer ningún rito ni ceremonia: bastaba su sufrimiento, su sacrificio era su sufrimiento. En la Cruz no hubo más rito ni ceremonia que su ofrecimiento. El enfermo para su sacerdocio no precisa de ningún rito, sólo ofrecerse a sí mismo sobre ese “altar”. Sus sufrimientos son sus ritos. Sus dolores son su única ceremonia perfecta.

Del mismo modo que el sacramento del orden tiene tres grados: diaconado, presbiterado y episcopado. El sacerdocio común de los fieles está dispuesto en tres grados, en tres escalones: bautismo, confirmación y unción de los enfermos. Por eso en el ritual de estos tres sacramentos, se unge a la persona.

Es como si la vida del cristiano fuese un itinerario a través de tres momentos de unción:

- las dos unciones del bautismo: en el pecho y en la crisma
- la unción de la confirmación: en la frente
- la unción de la extremaunción: en la frente y en las manos

Con este último momento sagrado, se completa el uso sobre el cuerpo y el alma del cristiano de los tres óleos de la Santa Iglesia:

Por supuesto que hay enfermos que tienen verdaderamente una visión sacerdotal de su dolor. Enfermos cristianos que entienden toda su enfermedad en su sentido teológico más profundo, y otros enfermos que no son religiosos y que no entienden nada de todo lo que vaya más allá de lo material. Hay enfermos que viven su enfermedad de un modo espiritual, y otros

que la viven sólo de un modo material. Hay enfermos que esperan y anhelan el cielo, y otros que sólo desean prolongar un poco más su vida en la tierra sin pensar en otra cosa. Unos esperan los gozos de Dios, y otros únicamente esperan no sufrir.

Pensando en los cristianos que viven su enfermedad de un modo óptimo, prosigo con las reflexiones acerca del paralelismo entre el sacerdote que celebra la santa misa y el enfermo que se ofrece como ofrenda. El presbítero, al celebrar misa, tiene delante de sí la Pasión de Nuestro Señor. El enfermo que muere, tiene dentro de sí una participación de esa Pasión.

El presbítero puede equivocarse en sus ritos. El enfermo no puede equivocarse en sus ritos de dolor. Aunque lo mismo que el presbítero puede celebrar con más o menos devoción, también el enfermo puede tener más o menos devoción en sus ceremonias de sufrimiento. Evidentemente, habrá momentos en que el paciente puede tener más devoción, más concentración en su oración, más presencia de Dios. Y momentos en los que sólo podrá sufrir y con eso ya hará todo lo que puede. Llegará el momento en que no podrá ni sufrir y entrará en el sueño de la pérdida de la consciencia: se dormirá en la tierra y despertará en el cielo.

El presbítero actualiza el único sacrificio del Calvario. El enfermo completa la Pasión de Cristo en su cuerpo: *En mi carne estoy completando lo que falta a las aflicciones de Cristo* (Colosenses 1, 24).

En la misa, el presbítero trata de acompañar a Cristo en el Calvario. El enfermo vive el Calvario dentro de sí. No medita los dolores de Cristo, los vive. No lee en un libro acerca de los sufrimientos de Jesús, los experimenta.

Si se tiene clara esta visión sacerdotal de los laicos, se entiende por qué, una vez recibida la extremaunción, el laico se halla en el último grado del sacerdocio común de los fieles. Esté en

el hospital o en su casa, el moribundo usualmente también tiene un grupito de fieles ante sí, como el presbítero los tiene en la misa. Son los familiares y amigos que observan y acompañan ese sacrificio su mismo sacrificio sobre el lecho. Lo mismo que en la misa, unos acompañan en mayor medida (en esa lucha espiritual) y otros en menor medida.

La misa cesa cuando el presbítero regresa a la sacristía, entonces los fieles se marchan. Mientras que el enfermo prosigue con su sacrificio continuo, se queden o se vayan los parientes y amigos.

Pero del mismo modo que el presbítero también puede decir misa a solas con un acólito, así también el moribundo puede ofrecer su sacrificio en la quietud de la soledad, sin testigos. Eso representa la soledad de Cristo en la Cruz.

Lo mismo que el sacerdote que celebra ese tipo de misa sin pueblo trata de concentrarse al máximo en cada uno de los ritos y la celebra con lentitud y concentración, así el que muere en soledad debe intentar concentrarse al máximo en vivir esos últimos momentos con una perfecta presencia de Dios, evitando despistarse. La bellísima unión con la voluntad de Dios del enfermo-sacerdote.

Saborear el cáliz del sufrimiento, tratar de gozarse en él, recordando una y otra vez que, en pocas horas, le será ya imposible sufrir. Recordando que, durante toda una eternidad, deseará sufrir para aumentar su gloria y su amor por Dios, y no le será concedido. La cruz solo ahora o ya nunca. En el cielo, todos los bienaventurados desearían poder regresar a la tierra para sufrir todos los sufrimientos del mundo con tal de poder aumentar un grado más su felicidad durante toda la eternidad: ¡pero no será posible! Quedarán petrificados por los siglos de los siglos en su grado de amor.

En Jerusalén, hubo quienes pudieron estar en el Calvario acompañando con amor y compasión a Jesús, pero prefirieron marcharse a sus casas o a sus trabajos. Ya jamás regresó ese momento. Una vez perdida la oportunidad de haber estado allí, quedó perdida para siempre. El enfermo puede pensar con toda verdad: en la Cruz con Cristo ahora o ya nunca más.

Esta etapa final es de tal trascendencia, puede santificar tanto, puede transformar tan radicalmente para bien, que el Altísimo dispuso que hubiera un sacramento para esta etapa y solo para esta etapa. Si se entiende la importancia sagrada de estos momentos finales del camino de la existencia, se entenderá el por qué Dios determinó un sacramento que tuviera un carácter sacerdotal para ese momento: una unción sagrada.

Y así, el agonizante, tras prepararse con la enfermedad, entrará como sacerdote ungido en el templo purísimo de la presencia de la Luz Infinita.

El enfermo, como el sumo sacerdote del Antiguo Testamento, **se ha lavado** enteramente en la gran pila de bronce que hay en el atrio. Se ha lavado con el agua lustral de la confesión y con el agua invisible del sufrimiento corporal y de su espíritu. **Se ha revestido** con las vestiduras de sus virtudes, así como los levitas del Templo se revestían con nuevas vestiduras puras. Al moribundo, la enfermedad le ha provisto de la belleza de tales vestiduras. Y, por último, **ha sido ungido** para así poder entrar a través de los velos que conducen al *Sancta Sanctorum* de la presencia del Altísimo.

Tal vez parezca que insisto demasiado en el carácter sacerdotal de este sacramento. Pero si tanto se preparaba el sumo sacerdote del Antiguo Testamento para entrar en la más profunda de las cámaras del Templo, que sólo era figura del verdadero *Sancta Sanctorum* que está en los cielos, cuánto más será

conveniente que se prepare el bautizado para entrar en el verdadero Templo que está en los cielos. El enfermo no solo va entrar en el Templo de los cielos, sino que va a penetrar hasta su parte más profunda: allí donde se mira cara a cara el Rostro de Dios, allí donde se contempla la esencia del Altísimo, allí donde

El sumo sacerdote atravesaba los dos velos del Templo, también los moribundos con frecuencia hablan de cómo en los días anteriores a la muerte se ha corrido fugazmente el primer velo del más allá. Tantas personas han afirmado ver el túnel de luz, a sus familiares, la vida que pasaba delante de sus ojos. No son imaginaciones del enfermo. El primer velo a veces el Señor lo descorre para que se preparen. También, desde el atrio, los israelitas, como excepción, podían ver algo del interior del santuario, las luces del candelabro y otras cosas, cuando se corría el primer velo. Pero el segundo velo final, una vez atravesado, no admite regreso a la tierra.

el carácter real del sacramento

Antes se ha dicho que en el Antiguo Testamento sólo se ungía a sacerdotes y reyes. Este sacramento también tiene un carácter real. Cada ser humano es un hijo de Dios. El camino cristiano permite al bautizado no sólo ser hijo del Altísimo, sino también conquistar un reino a través de la lucha:

Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos ha sufrido violencia, y el violento lo toma por la fuerza (Mateo 11, 12).

Todos los hombres son hijos de Dios. Él los creó y participan de su naturaleza racional. En los bautizados, se derrama una gracia que los asemeja ya no sólo en su naturaleza racional, sino en su bondad. Pero sólo unos pocos de los bautizados realmente ejercerán el sacerdocio común de los fieles ofreciendo de forma

habitual sacrificios y sacrificios cada vez más perfectos. Muchos bautizados, aun pudiendo ejercer este sacerdocio tan grandioso, sin embargo, se conformarán con hacer lo mínimo para salvar su alma.

Hay pocas almas verdaderamente sacerdotales. Y entre ellas todavía es menor el número de las que lucharán denodadamente, hasta el heroísmo, por conquistar el Reino de los cielos. Se trata de una lucha espiritual con armas espirituales. Ya no hablamos meramente de ofrecer sacrificios y estos cada vez más perfectos, sino que hablamos de lucha, de heroísmo, de la violencia que hay que hacer contra uno mismo. Guerreros de una guerra espiritual con armas espirituales; guerra que se libra en el alma de cada uno. Y entre estos grandes guerreros todavía menor será el número de los que merecerán el título de reyes. En el cielo estarán todos los salvados, pero solo algunos resplandecerán como grandiosos príncipes en sus tronos.

Entendiendo lo que es la realeza del Reino, se entiende por qué se unge a todo bautizado. En el cielo, sólo hay un Rey: Dios. Pero ese rey tiene sus príncipes, sus esforzados guerreros que fueron héroes en las batallas de tierra: ellos brillarán con una gloria especial entre todos. Y resplandecerán así porque lucharon de un modo especial.

Pero no se piense que luchamos por lograr honores. En el cielo, el honor es lo de menos. En el cielo, todos son humildes. Lo que sucede es que los más santos, durante toda la eternidad, gozarán de Dios de un modo acorde a su heroísmo, a su amor, a sus obras.

Los monarcas terrenos lo son de reinos de un mundo que son vanidad de vanidades. Esos soberanos del mundo únicamente pueden intentar impresionar a sus súbditos cubriéndose de oro o piedras preciosas, sentándose en tronos de madera y poniéndose

encima telas. Por eso toda alma que se salve tendrá más belleza, más grandeza, que los monarcas de la tierra. La belleza y grandeza espiritual está muy por encima de las pobres parafernalias terrenas.

Todo bienaventurado es hijo del Rey de reyes. Y como miembro de su familia se puede decir que participa de esa realeza. Y esa realeza es tan grandiosa que todos sus miembros son ungidos como lo eran los monarcas de este mundo. Como se ve, hay tres niveles:

–Un único rey: Dios

–Los reyes de ese reino: los príncipes sentados en sus tronos

–La familia real: todos los bienaventurados que podrán presentarse ante el Trono de Dios como hijos de Él

En el reino de los cielos habrá muchos niveles de amor y gloria, pero incluso los del tercer nivel serán más gloriosos que los más formidables monarcas de la tierra. Por eso se les unge como a reyes.

El enfermo es ungido como rey porque, con el cuerpo postrado y moribundo, el alma por fin es reina sobre ese cuerpo. El cuerpo sometió tantas veces al alma con sus pasiones. Ahora el alma es perfectamente reina sobre ese cuerpo. El cuerpo muere y el alma está más viva que nunca. El cuerpo y sus pasiones han perdido toda su fuerza. Es el momento perfecto para que el alma viva sus últimas semanas como debió haber vivido toda su existencia sobre la tierra. Vivir al final como se debió haber vivido toda la vida.

Si antes insistía yo mucho en el carácter sacerdotal de esta unción santa, ahora hay que reflexionar sobre este aspecto real de la unción, porque Jesús dijo:

Al que vence, le daré un lugar conmigo sobre mi trono. Lo mismo que Yo he vencido y me senté con mi Padre sobre su trono (Apocalipsis 3, 21).

misterio de purificación

El agua simboliza el acto de limpiar, de purificar, de perdonar. El santo óleo simboliza la gracia, ese algo invisible que desciende de Dios al alma.

Aunque la extremaunción también purifique, dada la materia que se usa en este sacramento, lo más propio de este sacramento es simbolizar la gracia que desciende de los cielos al alma.

La unción no simboliza la gracia que llega un momento y se va. Sino que la unción, en las páginas de la Biblia, siempre ha simbolizado la gracia que se queda. Es decir, es algo que se queda. El agua corre y se va; el aceite unge y su huella permanece. Lo que se unge queda santificado para siempre.

Por eso, el orden propio de los sacramentos para los moribundos siempre ha sido primero recibir la confesión y después la extremaunción. Del mismo modo que un sacerdote primero se lavaba y después era ungido; no al revés.

La vida del hombre es un camino. Antes de emprender la etapa final de ese camino:

- uno es lavado de las suciedades morales: confesión
- ungido espiritualmente para entrar al palacio de Dios: extremaunción
- alimentado para tener fuerzas para el último trecho del camino: viático

Si algún resto quedó después de lavarse en las aguas de la confesión, la gracia intensa y poderosa de la extremaunción borrarán esos últimos residuos. Aunque la acción de este misterio será más poderosa según las disposiciones del que lo recibe. Si uno lo recibe con poco arrepentimiento, con poco fervor, entonces quedarán residuos. Por eso es tan importante prepararse para este sacramento. Salvo que no se pueda esperar, lo ideal es tener días

para prepararse con oración, pidiendo perdón de los pecados, leyendo alguna obrita corta sobre el sacramento que se va a recibir.

A nadie se le administra la confirmación sin una catequesis previa para recibir ese sacramento. Antes de recibir la extremaunción, lo ideal es (si se puede) leer algo sobre ese sacramento.

Si uno cometió pecados graves, pero sólo de debilidad, fácilmente la confesión y la extremaunción recibida con gran devoción y dolor de los pecados, harán que un alma vaya directamente al cielo.

Pero si hay poco arrepentimiento, uno tendrá que pasar por un estado de purificación, puesto que nada manchado puede ver cara a cara a Dios. Este sacramento es perfecto en sí mismo, perfecto y poderoso. Pero, como el agua de los canales, se detiene allí donde encuentra barreras que frenan su paso. El agua divina inunda todo lo que puede inundar.

Si uno hizo sufrir mucho a otras personas, es decir, si los pecados no fueron sólo de debilidad, será imposible que sólo con este sacramento el alma pase directamente al cielo. Porque esos pecados son el signo claro de una profunda deformación del alma que hay que sanar y enderezar.

Una cosa es la suciedad del alma, y otra el alma deforme. El sacramento tiene un gran poder, pero para algunas cosas se precisa tiempo. Hay sanaciones del alma que sólo se podrán hacer a través de un largo proceso en el que será inevitable el sufrimiento.

Qué contraposición tan bella entre la impureza y la inmundicia por un lado, y el bálsamo perfumado que es el santo óleo por el otro lado. El mismo Dios que dijo *hágase* en la creación del universo, ahora actúa en el alma con el mismo poder.

misterio de gracia

Este don divino no produce únicamente purificación, también envía gracias al alma. Gracias que aumentan su luz y hermosura espiritual. Con el sacramento, el alma llegará al más allá no sólo limpia, sino también perfumada.

Si en la Sagrada Comunión se aumentan las gracias del alma, ¿por qué Dios ha añadido este sacramento? ¿No bastaba el gran sacramento de la Eucaristía para eso? La existencia de la extremaunción ha sido dispuesta por Dios para otorgar gracias que ayuden en la etapa final de la enfermedad y en la lucha última que es la agonía. Es como si un médico sabio otorgara no un bálsamo genérico, sino una medicina especial para una enfermedad especial.

Es una medicina que se da al alma cuando la enfermedad del cuerpo no tiene cura. El que otorgó la vida al espíritu del hombre, regala más vida a ese espíritu en el momento de enfrentar, cara a cara, la muerte.

Es una ayuda específica para un tiempo concreto único en la vida de ese hijo de Dios. La agonía es un tiempo único en el tiempo dado al hombre. Por eso, este sacramento (en principio) se recibe una sola vez.

Esta unción suscitará el ardoroso deseo del Padre Celestial. Comunicará fuerzas para el último combate; fortalecerá y consolará.

El fin propio y específico de este sacramento no es purificar, sino dar. Pero la intensidad de la gracia es como un ardor que, de hecho, también limpiará los restos de mal presentes en la persona.

Las gracias del bautismo se derramaron para acompañar a esa alma en el paso por la tierra. Las gracias de este postrer misterio se

derraman para acompañar en el final del camino. El bautismo se administra poco después del nacimiento a la tierra. La extremaunción se administra poco antes del nacimiento al cielo.

Ese ser humano nació en una cama para la vida del mundo, y en otra cama se nace para la vida del cielo. En una cama se produjo con dolor el parto para la tierra, en otra cama se produce el parto para el Reino.

La unción de los enfermos puede verse simbolizada en María Magdalena y el frasco de perfume de nardo. Esa mujer es símbolo del alma que llora sus pecados. Primero llora y lava sus pies. No todo el cuerpo, porque se supone que un cristiano ya vive en gracia de Dios y ya se ha sumergido entero en la misericordia de Dios durante la vida. El verbo “bautizar” en griego significa “sumergir”. El cristiano ya ha sido sumergido en la gracia de Cristo, por eso solo es necesario lavar ya sólo los pies manchados por el polvo y la suciedad del camino de la vida.

El bautismo es una inmersión entera. Después de la conversión, lo lógico sería ya sólo limpiar con la confesión las partes que se han ensuciado. Si el cristiano tras la inmersión en las aguas de la gracia, se sumerge entero en la inmundicia y el pecado, tendrá que tomar el cuenco de la confesión y lavar, trozo a trozo, todo su cuerpo.

Pero, una vez limpia, el alma se esfuerza en extender sobre todo su ser la gracia administrada por el sacerdote. Eso se simboliza en la Magdalena extendiendo, friccionando, con sus manos el bálsamo. Así el alma debe esforzarse con su deseo, con su voluntad, para que ese óleo (símbolo de la gracia) penetre en todas partes y lo más profundamente posible. Después de lavado y ungido, ese cristiano ya puro recibe la Eucaristía simbolizada por

el banquete de ese pasaje del Evangelio en el que estaba Jesús y en el que vino la Magdalena con el frasco de perfume.

Obsérvese que el frasco de alabastro era muy costoso. En el valor de ese recipiente se simboliza que Dios va a ser muy generoso en derramar sus gracias. Y la casa entera se llenó de ese perfume, dice el Evangelio. También toda la casa que es el alma se va a llenar de ese perfume espiritual.

¿siempre produce estos efectos?

La extremaunción es un misterio: ocurre algo espiritual en la persona, pero no vemos con los ojos del cuerpo qué es lo que realmente se produce. Es un misterio de la acción divina. Aunque cuando el sacerdote lo administra, podemos estar seguros de que algo invisible ocurre en el alma de ese hijo de Dios.

En este sacramento, el alma recibe según lo que le quiera dar Dios, pues el Señor le dará exactamente lo que Él quiera y en la medida e intensidad que Él determine. Es un regalo divino. Y un regalo distinto para cada hijo suyo.

En los siete sacramentos, la persona recibe según el querer de Dios y según las disposiciones de la persona. Cuanto más se prepara la persona, cuanto más se desea a Dios, cuanto más arrepentimiento, esperanza, fe y amor disponen a una recepción más perfecta, más efecto producirá la recepción del sacramento.

Si uno recibe el sacramento de forma imperfecta, es decir, sin interés, con menor fe, con menos agradecimiento, menos recibe esa persona; eso es indudable. Algunos pueden recibir muy poco en el sacramento (aunque ese poco sea muy valioso), porque no están abiertos a lo que es ese don de Dios: poca fe, poco interés, poco

dolor de los pecados. El Evangelio nos dice que Jesús no hizo muchos milagros en Nazaret, porque no tenían fe en Él.

En este sacramento, está presente Jesús. Y pasará para bien o para mal lo que sucedió mientras estaba visible en la tierra. En unos Jesús actuó grandiosamente, en otros actuó según su medida de fe, y en otros no hizo ningún milagro. Pero, al administrar este sacramento, siempre se recibirá algo (y ese poco es de gran precio) con tal de que la persona esté un poco abierta al Señor. Para no recibir nada, habría que estar totalmente cerrado a la acción de Dios.

El poder de este sacramento es tal que se puede recibir incluso inconsciente, y aun así producirá efectos en el alma. Producirá tantos efectos cuanto sea el deseo de Dios que se tuvo antes de perder la consciencia. Mejor es recibir el sacramento con plena consciencia. Pero si antes de perderla existió un deseo ardiente de recibir este misterio sagrado, el sacramento actuará según ese deseo. Porque el sacramento actúa en el alma, con independencia de si el estado del cuerpo le permite estar “despierta” o sumida en el sueño.

Muchas veces se nos llama a los sacerdotes cuando la persona está ya inconsciente y se nos dice que no fue una persona nada religiosa: fue bautizada, pero después se alejó de la religión. Incluso en ese caso, el misterio divino actuará, y una gracia invisible y misteriosa descenderá a su espíritu. Una gracia que le invitará al arrepentimiento y al amor a Dios en el momento en que salga de la bruma de ese coma. Ese último instante en que el alma sale o va a salir del cuerpo y tiene la capacidad todavía de arrepentirse y abrirse al amor de Dios. Después del último momento definitivo, uno se dirigirá a la morada ultratumba a la que tiene que ir.

El sacramento actúa poderosa e infaliblemente en el que lo acoge con toda su voluntad. El sacramento hará algo en el alma del que no fue religioso y lo recibe inconsciente.

Recapitulando:

El sacramento actúa infaliblemente en el que lo recibe conscientemente con arrepentimiento, amor, fe y esperanza en las promesas de nuestro Salvador.

La extremaunción hará su efecto en esa persona si tenía tales buenas disposiciones, aunque su mente esté sumida en el sopor de la inconsciencia. Pero hará su efecto en el espíritu, aunque la mente esté así.

El sacramento, sin duda, enviará una gracia de conversión al alma que, mientras estuvo consciente, no tuvo ningún arrepentimiento ni fe ni amor a Dios. Pero no es seguro que el alma acoja esa gracia en el momento justo que despierte justo al salir de esta vida terrena.

El sacerdote puede administrar el sacramento si se lo piden los familiares, por más incrédulo que haya sido en vida el moribundo que ya está inconsciente. Si ya ha muerto, no se puede administrar. Dicho de otro modo, se administra mientras el enfermo respira y su corazón late. Después que ha exhalado su último suspiro, ha muerto.

Algunos se aferran a la idea de que no sabemos cuándo es el momento exacto en que el alma sale del cuerpo y que, por eso, se puede administrar mientras el individuo está caliente. Si el sacerdote desea hacerlo en esa circunstancia, nada se lo impide. Pero mi modesta opinión es que el alma sale con la última exhalación, con el último latido.

Una vez que el corazón se apaga, ya solo queda rezar un responso para que Dios sea misericordioso con esa alma si está en el purgatorio. También se puede rezar para que Dios le concediera gracias en el momento de salir de ese cuerpo. Recordemos que Dios está fuera del tiempo y sabía entonces las oraciones que íbamos a hacer. Pero si el alma está en el infierno nada le sacará de allí. Qué

tremendo tiene que ser saber que uno pudo subirse a un tren y salvarse, y que a sabiendas de que era el último tren uno lo dejó partir... para siempre.

Lo tremendo no es ser ateo en la tierra. Lo terrible es haber muerto, saber que existe Dios y que uno nunca le verá. Eso es el infierno.

sanación corporal

Si al enfermo no le ha llegado la hora, el sacramento puede tener un efecto sanador sobre el cuerpo. Del mismo modo que la unción tiene un efecto de bálsamo de salud sobre el alma, también lo puede tener sobre el cuerpo. No es infrecuente que muchos enfermos comiencen a recuperarse tras administrarles este misterio.

Ahora bien, conviene mantener la distinción entre el sacramento, por una parte; y, por otra parte, las bendiciones, oraciones y sacramentales en los que se pide la salud de un enfermo pero que son oraciones de tipo privado. Lo ideal es mantener la tradición de conferir esta santa unción una sola vez en la vida, cuando hay peligro de muerte. Mientras que las bendiciones, oraciones y aplicación de sacramentales pueden repetirse sin ningún problema y solicitarse por dolencias tanto graves como leves.

Podemos orar por los enfermos de muchas maneras y con diversidad sacramentales; aplicando, por ejemplo, una reliquia o aceite bendecido. Esas oraciones privadas pueden repetirse y hacerse de forma muy sencilla y breve, o de forma más larga y solemne, pueden hacerse de forma comunitaria o personal.

Pero considero que es mejor reservar el sacramento para los que están en peligro de muerte, porque ésa es la tradición que hemos mantenido en la Iglesia de occidente. En la Iglesia ortodoxa, son más proclives a repetir el sacramento muchas veces y sin ese peligro para la vida. Pero me parece mejor la praxis occidental y así no socavar la distinción entre el sacramento y la bendición, lo cual significaría devaluar la solemne importancia de este misterio.

Sin entrar en discusiones históricas acerca de cuál fue el modo en que se usó la unción de los enfermos en los primeros siglos, me parece más adecuado mantener los dos niveles que ha decantado la praxis en la Iglesia occidental: el uso reiterado de las bendiciones para las enfermedades en general, y el uso de este séptimo misterio instituido por Cristo reservarlo para el final de la vida.

Este misterio del séptimo sacramento fue instituido, esencialmente, para el alma. Ahora bien, el mero hecho del contacto con el óleo de los enfermos no es extraño que produzca curaciones. Pues se trata de un óleo sobre el que descansan muchas oraciones. Sobre él, han orado el obispo con todos sus presbíteros. Ese óleo es portador de una gran sacralidad. Produce indudables efectos espirituales y fácilmente también corporales.

El óleo que sobra cada año en cada parroquia (cuando se sustituye por el nuevo), como normalmente está impregnando un algodón, se puede quemar y echar sus cenizas en un jardín o en una maceta. Aunque, si no se dispone de jardín o macetas, esas cenizas pueden tirarse a la basura, pues realmente ya no es algo sagrado; en eso no hay que tener ningún escrúpulo. Pero pienso que el modo óptimo cada año de retirar el óleo de los enfermos sobrante (si no tiene algodón y se guarda el aceite solamente) es quemarlo en una lámpara de aceite que arda en la iglesia. Y, todavía mejor, sería usarlo como sacramental cada vez que alguien enfermo pida

oraciones. Mejor que quemarlo es usar ese óleo para que su sacralidad produzca efectos.

El sacerdote puede usar el óleo de los enfermos haciendo la señal de la cruz sobre la frente o la parte enferma, recitando una oración espontánea o alguna de las que aparecen en el bendicional. Mejor es usarlo para bien de los enfermos (ya que para eso se bendijo) que quemarlo. También puede ser dada una pequeña cantidad de ese óleo en un frasquito a un enfermo para que se lo aplique con fe, en su casa, durante un triduo o una novena. Gustará mucho a los fieles, el que se reparta ese óleo sobrante entre los enfermos de la parroquia y enseñándoles a usarlo con oraciones.

Hemos dicho muchas cosas sobre esta unción sagrada. Éste es un buen momento para recapitular de un modo sintético todos los efectos del sacramento. Con el sacramento de la unción de los enfermos se recibe:

- Una gracia misteriosa para el alma: una gracia santificante.
- Purificación de las manchas espirituales que todavía quedan.
- Ayuda en la enfermedad: consuelo, paz, ánimo, alivio, fortaleza.

Si Dios ve que conviene, también puede dar la salud al cuerpo o, al menos, un alivio. Antes hablábamos de un alivio espiritual, pero también puede ser corporal. Pero este efecto solo se obtendrá si así ve Dios que conviene.

Imaginemos que el sacerdote administra el sacramento y el enfermo está manchado con pecado grave. Y no se ha confesado porque no tiene fuerzas físicas para hacerlo, o porque el sacerdote no le ha ofrecido ese sacramento, o porque la persona ruda es de las que piensa que se puede confesar directamente con Dios. En ese caso, si hay buena voluntad, si hay disposiciones suficientes, el sacramento puede producir el perdón de los pecados. Pero ese gran

perdón se producirá no de forma automática, sino que el sacramento derramará gracias al alma, la persona comprenderá y pedirá perdón. Y Dios que está deseando otorgar su perdón si se lo piden, se lo concederá.

La extremaunción no fue establecida para perdonar los pecados, pero (en este tipo de casos) puede perdonar los pecados. Repito, si hay disposiciones adecuadas. El sacramento de la confesión perdona los pecados por un acto de autoridad (*yo te absuelvo...*), mientras que la unción de los enfermos lo hace a través de la acción de la gracia que mueve al arrepentimiento.

Desde luego, si el enfermo ya no tiene fuerzas para decir nada, el sacerdote puede administrar el sacramento de la unción de los enfermos con la tranquilidad de que ese misterio divino será portador de perdón divino a poco que el alma acoja esa gracia.

¿cuál es el momento ideal para recibir el sacramento?

Después de haber desplegado en las páginas anteriores una teología acerca de cómo comprender la naturaleza de este sacramento, la respuesta a cuándo recibir este sacramento queda clara: una sola vez en la vida, cuando la persona va a morir.

Cierto que, si una persona recibió esta unción y después sanó, puede volver a recibir la unción de los enfermos. Pero debe haber pasado un tiempo razonable. Un año considero que es un tiempo razonable. Pero si ha pasado menos de un año, se puede considerar que el efecto espiritual de ese misterio sagrado sigue actuando sobre el alma. Pues las recuperaciones y recaídas de los muy ancianos podrían provocar, si se actuara con otro criterio, que un

octogenario recibiera este sacramento dos o tres veces al año, durante su último lustro de vida. En esos casos, es mejor ir al lecho del enfermo y bendecirle. Pero no creo que sea adecuado que haya octogenarios que reciban diez y quince veces el sacramento en la etapa final de su vida. Pase lo que pase, no más de una vez al año y eso como máximo si, realmente, estuvo en peligro de muerte.

¿Por qué recibir este sacramento una sola vez en la vida? En el Antiguo Testamento, tanto los sacerdotes como los reyes, eran ungidos una sola vez en la vida. Las razones para recibirlo una vez en la vida son las siguientes:

–por su carácter sacerdotal

–por su carácter real

–por su paralelismo y simetría con el sacramento del bautismo

En el uso de las cosas sagradas, no es el número de veces lo que provoca más efecto en el alma, sino la devoción y fervor con que las recibimos. En el caso de este sacramento, hay que favorecer la preparación, orando mucho antes de recibir esa acción divina. Hay que poner el énfasis en la preparación, no en el número de veces. Me parece que tal es el espíritu con que Jesús determinó este misterio sagrado.

Habiendo dejado claro en estas páginas que el sacramento hay que recibirlo con peligro de muerte, ¿cuál sería el mejor momento dentro de esa enfermedad? ¿Al comienzo del proceso? No hay ningún problema en recibirlo al comienzo o en la mitad del ese proceso de enfermedad. Pero considero que el momento óptimo es justo antes de entrar en la agonía, antes de perder la consciencia.

Si se considera la enfermedad como un proceso de purificación y santificación, si se aprovecha ese camino, la recepción de esta misteriosa acción divina será máximamente

aprovechada. No hay forma mejor de aprovechar este sacramento que recibirlo como culminación de un proceso que convierte a la persona en sacerdote y rey³.

Por supuesto que es preferible adelantar la recepción del sacramento antes que arriesgarse a no recibirlo. Pero, aunque uno sea un anciano, debe haber comenzado el proceso mortal. Para eso está pensado (de forma ideal) el sacramento y es entonces (tras un tiempo de preparación) cuando el bálsamo exhalará sus mejores aromas (efectos) espirituales. Recibir esta magna unción justo un día o dos antes de atravesar el velo del *Sancta Sanctorum* de los cielos, eso es lo mejor.

¿Me parece mal cuando en la parroquia se administra el sacramento a todos los ancianos? No me parece mal que se haga así. Simplemente, considero que reservarlo para el proceso de muerte me parece mejor.

¿Pero dejándolo para más adelante, nos arriesgamos a que alguna persona muera de improviso y no lo reciba? Al instituir Dios un sacramento para el momento de la muerte, sabía que algunos morirían de improviso y no lo recibirían: eso forma parte de lo ya previsto por Dios respecto a este sacramento.

Administrar a los ancianos, de forma general, este sacramento no es algo malo. Pero una mayor comprensión del porqué de la institución de este sacramento lleva a entender que hay una forma buena de recibirlo y otra forma óptima. En este sacramento, ¿debe primar, ante todo, la seguridad de su recepción? ¿O debe primar que ejerza sus efectos en el momento para el que fue instituido? Que nadie se sienta culpable por preferir una opción a la otra. Yo

³ No digo que convierte en sacerdote, profeta y rey, porque no hay ningún pasaje de las Escrituras que afirme que seremos un pueblo de profetas. No voy a realizar aquí una exégesis sobre las palabras de Joel. Jesucristo sí que era sacerdote, profeta y rey. Pero todos sus seguidores no somos profetas. Aunque algunos, desde los años 70, han entendido el profetismo como predicación. Pero en las Escrituras queda muy clara la distinción entre la función del predicador y la del profeta.

he expresado con libertad mi opinión, reconociendo que ésta es una cuestión discutible.

Y María tomando una libra de perfume de nardo auténtico, muy caro, ungió los pies de Jesús y le enjugó los pies con sus cabellos. Y la casa se llenó con la fragancia del perfume (Juan 12, 3).

Ya al final del camino de la vida, las lágrimas del último arrepentimiento. La purificación final después de todos los arrepentimientos de tantos años. El sentimiento del que ve cercana –unas horas, un día, dos días– la Puerta de la Muerte.

Tras limpiar los pies del caminante que ya han recorrido el camino de la vida, es cuando se procede a su unción. Entonces, no sólo se quita, sino que también se da. Y la casa del alma se llena de ese perfume, toda ella. Por eso este sacramento se da una sola vez en la vida: porque con una sola vez, se llena toda la casa de su perfume. Si bien, podrá repetirse pues Dios tiene poder para llamar hacia atrás a alguien no sólo al que se ha aproximado a esa puerta, sino aun cuando se halle en su mismo umbral.

En ese pasaje del Evangelio, se nos dice que la mujer rompió el envase del perfume. Un envase que se rompe significa que se usa una sola vez. En esto se simboliza la unicidad que le es propia a este sacramento: se confiere una vez. De ahí la importancia del juicio para administrarlo en el momento justo, ni muy pronto, ni muy tarde. Aunque es el enfermo el que debe decidir cuándo es el momento que considera más adecuado: al principio de la enfermedad, a la mitad o al final.

¿por qué Dios permite que algunos cristianos mueran sin este sacramento?

Algunas personas, aunque les hubiera convenido recibir esta unción, recibirán las gracias directamente de Dios sin la mediación del sacramento. Otras personas ya están no sólo en gracia de Dios, sino que, además, han santificado su alma con todas sus fuerzas durante años; tienen su espíritu purificado y ardiente en el amor a Dios.

Algunos, en verdad, no necesitan ya ni purificación alguna ni consuelos ni alivios. Si la muerte debe ser algo rapidísimo, casi fulminante, es algo que decide Dios, persona a persona. Hay casos en los que la posibilidad de recibir o no el sacramento es una decisión que toma Dios. Los familiares de personas así no deben pensar que es lamentable el que no hayan recibido la unción, pues sus efectos ya los recibieron en su vida por otros cauces, o esas gracias se las dará Dios directamente. Las decisiones de Dios son las mejores siempre.

Consideraciones espirituales



nadie muere antes de la hora

Ésta es una conclusión que aparece muy clara de los tantísimos casos de personas que con parada cardio-respiratoria atraviesan el túnel y llegan a la luz que hay al final. Esa luz no es Dios, es el resplandor de Dios. Nadie puede ver el Rostro de Dios y seguir viviendo.

Innumerables casos refieren que, al llegar al final del túnel, Dios o un morador bienaventurado de ese lugar les dijo: *Todavía no ha llegado tu hora*. No importa lo enfermo que estés: si no ha llegado tu hora, no morirás. Por el contrario, si ha llegado tu hora, nada evitará que partas de este mundo.

Contando estos episodios de experiencias cercanas a la muerte, durante una cena en la rectoría de una parroquia, una chica joven nos contó en la mesa que su abuelo siempre le pedía a santa Brígida que le avisara de su muerte una semana antes, para prepararse mejor. Un día se levantó y, aunque gozaba de una excelente salud, comunicó a su familia que dentro de una semana moriría. Todos creyeron que se había vuelto loco. Pero una semana después, estaba dentro de un ataúd.

Así que no importa lo enfermo que estés: si no te ha llegado tu hora, no morirás. Hay individuos que se llevan muriendo toda la vida. Tampoco importa que estés fuerte como un roble y sano como una manzana, a la hora fijada serás colocado en el ataúd.

la vejez como enseñanza de Dios

Dios ha dispuesto muy sabiamente que las enfermedades, normalmente, vengan al final de la vida, así vamos aprendiendo a ser humildes y a que todo es vanidad de vanidades. La vejez es un proceso en el que cada vez queda menos lugar para la soberbia.

Es un proceso paulatino para que nadie se quebrante internamente y se suma en la tristeza. Dios busca no que nos sumamos en un llanto inútil, sino que vayamos comprendiendo. Pero hasta el más ciego va viendo cómo, poco a poco, los achaques dan lugar a los dolores, las pequeñas dolencias van dando lugar a que no podamos valernos por nosotros mismos.

La lección es dura. Pero algunos ni aun así comprenden que no son nada. Aun hablando la vida con tanta claridad, ni aun así algunos comprenden el sentido de la existencia. Qué triste es ver a algunos ancianos llenos de soberbia, llenos de dureza hacia los demás. Todo les lleva a volverse hacia Dios, pero no se vuelven hacia Él. No son comprensivos con los demás ni en el lecho del dolor. Exigentes y sin compasión aun siendo ellos mismos nada.

Para el buen cristiano, la vejez es un purgatorio. No pocos individuos, en su último año de vida, sufren tanto que llegarán completamente purificados ante Dios. No pasarán ni un día en el purgatorio.

Es importante haber hablado con los hijos, años antes, que uno quiere ser advertido con toda claridad de la gravedad de la enfermedad cuando ésta llegue, sin disimularla, ni menos ocultarla: “Hijos míos, yo soy cristiano, y para mí lo más importante será

prepararme para la muerte. Ser plenamente consciente de cuál es mi situación y de cuánto tiempo me queda”.

preparación para la muerte

En una cama fuiste dado a luz para este mundo. En otra cama serás dado a luz para otro mundo.

Tuviste un tiempo de gestación antes de venir a esta tierra. La vida en la tierra no ha sido otra cosa que un tiempo de gestación para la eternidad. La vida sólo ha sido eso.

Sólo una cosa tenías que hacer en el tiempo que te fue dado: forjar tu alma para la eternidad.

Has tenido toda una vida para poder prepararte para morar en ese lugar donde los siglos pasarán sin fin. Por eso ya no se puede pedir más tiempo. Has tenido toda una vida.

Larga vida o corta, has tenido en tus manos el tiempo que Dios te dio. Y lo has administrado con tu libre albedrío. Para bien o para mal, eres responsable de tus actos.

Usa todo el tiempo que todavía te quede entre las manos, no lo desperdicies; pues es agua que se te escapa de entre los dedos. Dedícate a la oración, a la meditación de la Biblia y la lectura de libros piadosos, permanece en continua presencia de Dios. Mortifica tus gustos, ten hambre de hacer penitencia.

Pide a los ángeles que estén alrededor de tu cama. Con frecuencia, suplica a los santos a los que tengas devoción que te acompañen en esta etapa final.

Considera cada dolor como un regalo de Dios, un regalo dado directamente por la mano de tu Padre que está en los Cielos para el bien de tu alma.

Sufre con amor, puesto que dentro de poco ya nunca más podrás sufrir para beneficio de tu alma. El sufrimiento o te llena de enfado y rabia, o te vuelca en Dios. En el cielo el dolor no es posible, nunca será posible: recibe los dolores de esta etapa final como el último regalo de Dios, como la última posibilidad de unirse a la Pasión de Cristo. Esos dolores son la postrera posibilidad para enmendar los errores de tu vida, abrazando con amor esa última cruz que tu Padre pone en tus manos, en tu cuerpo.

La enfermedad te obliga a no poderte dedicar a otra cosa que no sea la oración. Se acabaron las obligaciones y trabajos. Ya sólo te puedes dedicar a Dios. Y si por los dolores no puedes orar, al menos ten presencia de Dios.

Postrado en el lecho del dolor, comprenderás día tras día que no eres nada. La humillación de la enfermedad será una diaria enseñanza si la aprovechas.

jaculatorias para ser repetidas

Repite con frecuencia jaculatorias o pensamientos piadosos. Si estás muy débil, bastará con que repitas una sola palabra que condense toda tu oración: Jesús... María.... Estos nombres repetidos mentalmente con fe y amor valen por toda una oración. Pero si tienes más fuerzas, algunas jaculatorias que puedes repetir son las siguientes:

–Que esta enfermedad, que mis dolores, que mi agonía, me sirvan como purificación por todos mis pecados.

–Virgen María, no me desampares

–Ángel de la guarda, dulce compañía, no me dejes ni de noche ni de día, que sin ti me perdería.

–El Señor es mi pastor, nada me faltará.

–Hágase tu voluntad.

–Para los que aman a Dios, todo es para bien.

–Tú eres, oh Dios, mi fortaleza.

–Señor, Dios mío, en tus manos abandono lo pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno.

–Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, Tú no lo desprecias.

–Madre mía, confianza mía!

Recuerda que cada vez que en tu vida has rezado el avemaría, has pedido a la Virgen María que ruegue por ti en el momento de la muerte: *Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.* Eso lo has pedido millares de veces. Y hubiera bastado una sola vez para que ella, tu Madre, viniera en ese momento. Cuánto más si se lo has pedido muchas veces con sincero corazón.

¿me puedo condenar en el último momento?

Ese pensamiento hay que desecharlo como una tentación del demonio. Un cristiano que ama a Dios, que se somete enteramente a Él, que le ha pedido perdón de sus pecados y ya sólo desea hacer su voluntad, no tiene que temer la condenación eterna, porque en el infierno no hay nadie que ame a Dios.

Si hasta innumerables grandes pecadores tras toda una vida de horribles pecados, son salvados en el último momento, cuánto

más un cristiano que desea con toda su alma hacer la voluntad de su Padre Celestial.

Existe la idea de que quizá en el último momento uno se puede desesperar a causa de los dolores. Cualquier acto desesperado de ese tipo Dios comprendería que es fruto de la angustia. El Señor no es alguien cruel que va a decir: “Lo siento, en el último momento, justo en el último, lo echaste todo a perder”. No, así no es Dios.

Tercera parte

Algunas añadiduras para los sacerdotes



¿se puede mezclar con óleo no bendecido?

En algunas catedrales, cuando el óleo del ánfora se va agotando, se mezcla con óleo normal. Esta práctica no es incorrecta. El óleo normal no queda bendecido por el contacto con el óleo consagrado. Pero, como se mezcla enteramente, es un modo de repartir el que queda. No olvidemos que no es mayor cantidad la que va a obrar más efecto.

Ahora bien, como la cantidad anual que se solicita por parte de los presbíteros suele ser muy fija, es decir, no tiene grandes variaciones, resulta preferible que todo el aceite que se va a distribuir durante el año sea bendecido en la gran ceremonia de la misa crismal. Al obispo se le pueden presentar sólo tres ánforas y dejar éstas en un lugar central. Pero, en los momentos de la bendición, se pueden colocar estas ánforas junto al resto de recipientes, para que todo sea consagrado en esa oración. O se puede advertir a los concelebrantes que, aunque sólo las tres ánforas, estén situadas en un lugar central, tengan intención de bendecir el resto de recipientes colocados en otro lugar del presbiterio o contiguo al presbiterio.

Si al final falta óleo bendito y se va a mezclar con aceite normal, al darlo lo mejor es advertirlo al presbítero. De manera que al administrar la extremaunción pueda usar la fórmula de bendición del óleo, para que así pase todo el óleo a estar bendito desde la primera vez que se administra. Otra opción (y ésta es la que veo mejor) es que el cabildo de la catedral, al acabar el rezo de una de sus horas canónicas, bendiga del modo más solemne posible el óleo que se vaya a añadir a las ánforas, mezclándolo con el que quede.

Sobre ese óleo reposará la oración de todos los canónigos unidos. Eso no es lo mismo que la oración de todo el presbiterio unido al obispo, pero no es lo mismo el aceite profano que el óleo bendecido. Cuanto más se ore sobre un óleo, será portador de más gracia. Mejor que recitar tres fórmulas sobre tres tipos de óleo en esa ocasión, me parece preferible que se bendiga un único aceite, la cantidad que se precise, con un largo ceremonial en el que se alternen varias fórmulas con la mezcla de distintos tipos de perfumes. El resultado sería un aceite bendito que se mezclaría en las ánforas de los tres óleos.

Quede claro que el sacramento se administra válidamente aunque ese óleo esté mezclado con el aceite normal. Ahora bien, no es lo mismo usar un óleo bendecido por un solo sacerdote, que usar el óleo de la misa crismal, en cuyo caso se concentran las oraciones de más de un centenar de presbíteros en una solemnísimas ceremonia. Este segundo óleo será portador de más gracias y poder. El sacramento esencialmente producirá el mismo efecto en ambos casos. Pero, en el segundo caso, lo lógico es pensar que más gracias accidentales se derramarán sobre la persona.

Afirmo tal cosa, porque me tomo muy en serio la lógica inherente a la bendición. No es lo mismo un óleo bendecido por un sacerdote tibio que bendice aburrido ese aceite normal porque no tiene otro, que un aceite que hubiera sido bendecido por un santo, poniendo toda su fe en esa bendición. El sacramento es igualmente

válido en un caso y en otro. Ahora bien, hay gracias accidentales que en un aceite serán más grandes que en el otro aceite.

el hombre alejado de la religión y ya inconsciente

¿El alma alejada de Dios que recibe inconsciente la extremaunción, se salva seguro por el hecho de recibir el sacramento? No. Estoy seguro de que todas las almas, justo en el momento de abandonar el cuerpo, recobran la consciencia, de manera que pueden arrepentirse, es su última oportunidad. La extremaunción le da gracias al enfermo inconsciente nada religioso que actuarán o en esa última hora, o tal vez (en algunos casos) en el mismo momento en el que se administra el sacramento.

Aunque el enfermo esté en coma, con alzheimer, con graves daños cerebrales, con total demencia, no importa: tal vez en el momento en que se le administra el sacramento se abre la consciencia en el interior del alma, aunque el cuerpo no dé ninguna señal de ello.

Todo individuo, al recibir la extremaunción, puede acoger esas gracias y arrepentirse y amar a Dios, pero también puede dar la espalda a esos dones. Recibir el sacramento inconsciente no otorga la vida eterna de forma automática. Recibido conscientemente, con el alma abierta a la acción divina, el sacramento produce siempre sus efectos salvadores. Por eso la importancia de que el cristiano que ha vivido alejado de la religión reciba la visita del sacerdote que le excite al arrepentimiento.

Muchos familiares no quieren que vaya el sacerdote mientras está consciente para no asustarlo. Prefieren que su alma se pueda

condenar eternamente a que el enfermo se entere de que se va a morir.

Como se ve, la extremaunción en el enfermo inconsciente alejado de la religión obra como una acción divina que le ofrece el perdón. El efecto específico de este sacramento no fue pensado para otorgar el perdón; pero, de hecho, puede otorgar gracias que lleven a recibir el perdón divino.

Cuando el sacerdote es llamado al lecho de un enfermo inconsciente, pero que fue un hombre religioso, se le puede dar la absolución: porque es razonable pensar que se arrepintió de sus pecados y deseó ese misterio divino del sacramento del perdón. Después de perdonarle en el nombre de Dios, se le administra la extremaunción.

Mientras que en el caso del enfermo inconsciente que no fue religioso, pienso que es mejor administrar la extremaunción directamente. Y hacerlo con la intención de que la gracia suscite en él el arrepentimiento en el último momento antes del juicio particular. El misterio sagrado del perdón de los pecados es algo muy serio para otorgarlo sin ser pedido a una persona que hasta el último momento de consciencia no dio ninguna muestra de querer acercarse a la religión ni manifestó dolor por sus faltas ni fe en Dios.

Jesús nos otorgó el poder de perdonar en su nombre. Pero allí en el lecho no hay nadie que haya pedido perdón. Hay que evitar usar esa autoridad del sacramento de la confesión de manera que ofrezca la sensación de algo mágico y automático. Mientras que la unción no ofrece a los presentes la sensación de otorgación automática del perdón, sino que su tenor es el de una serie de invocaciones para pedir que el alma reciba gracias. No es lo mismo

que el sacerdote diga *yo te absuelvo*, a que invoque al Espíritu Santo.

Como se ve, la naturaleza de un sacramento es muy distinta de la naturaleza del otro. No es lo mismo dar el perdón en nombre de Dios, que recitar oraciones para pedir que la gracia descienda sobre un alma. La extremaunción es eso segundo. El mismo contacto con el óleo santo será causa de que esa gracia se derrame.

Para el pecador arrepentido, el Señor instituyó un sacramento. Para la otra situación, Dios instituyó el otro sacramento. Usar la absolución para el caso de un bautizado increyente (que se mantuvo así hasta el último momento de consciencia) ofrece una impresión falsa en los asistentes: el perdón se otorga haga uno lo que haga, se arrepienta o no. La extremaunción tiene un carácter más de imprecación, de contacto con lo sagrado.

A veces se ha explicado la relación entre confesión y extremaunción como si un sacramento perdonara los pecados y el otro limpiara lo que quedara tras el primero. ¡Como si al primer sacramento le faltara poder y fuera incompleto! El primer sacramento es perfecto en sí mismo. La naturaleza de ambos misterios sacramentales es totalmente distinta como he intentado mostrar aquí.

No hay que tener ningún escrúpulo por no dar la absolución bajo condición al enfermo inconsciente que no manifestó ni el más mínimo acercamiento ni a la religión ni a Dios. Porque a ese moribundo sí que se le puede dar la bendición apostólica *in articulo mortis*. Y en la fórmula de esa bendición sí que se incluye la fórmula de absolución de los pecados, no sólo la concesión de las indulgencias. Pero considero que, en este tipo de casos, es mejor pronunciar la fórmula en voz baja (o en latín), para no dar una falsa

impresión a los presentes: la idea del perdón de los pecados de forma automática.

El sacerdote está allí para orar por el enfermo. Pero no para dar el perdón en nombre de Dios al que no manifestó el más mínimo arrepentimiento después de una vida alejado de Dios. Si los presentes escuchan la fórmula *yo te absuelvo de tus pecados...* sacarán, con toda razón, una impresión equivocada. El perdón del Altísimo es algo mucho más serio. No es una varita mágica con la que se toca al enfermo.

No me parece que pueda prohibirse el dar la absolución bajo condición en este tipo de casos de enfermos inconscientes impenitentes, es decir, que no han mostrado el más mínimo signo de penitencia. Pero, en estos casos, veo mejor limitarse al sacramento de la unción de los enfermos si lo pide la familia. Eso y sólo eso. Lo otro no veo que respondan a la verdad de la situación. Pienso que no existe la adecuación de lo que significa el perdón sacramental con la realidad de esa persona.

El que recita la fórmula de la absolución lo hace por si acaso, por si se ha arrepentido. Existe esa mentalidad de administrar los sacramentos por si acaso: por si acaso le doy la absolución; por si acaso no lo tiene, le administro el sacramento de la confirmación. Los sacramentos deben ser administrados tras una formación a través de un acompañamiento. No con una visión de efecto automático sin concurso de la voluntad de la persona, lo cual da una impresión de algo mágico.

Mientras que la extremaunción no se administra por si acaso. Sino que es un rito deprecativo cuya acción sacramental sí que está pensada para los casos de inconsciencia del sujeto. El contacto con lo sagrado (con el óleo santo) podrá atraer la gracia. De ahí que este

sacramento sí que es totalmente *sui generis* tanto para los más santos, como para los más pecadores.

Vuelvo a repetir que al bautizado que sí que practicaba o manifestó en el lecho algún signo de dolor de los pecados, sí que se le puede dar la absolución bajo condición. Pues, en ese caso, el acto del sacerdote se corresponde con la realidad de un bautizado que, muy posiblemente, se arrepintió de sus malas obras.

relación entre el bautismo y la confirmación

Antes he dicho que a veces se ha explicado la relación entre confesión y extremaunción como si un sacramento perdonara los pecados y el otro limpiara lo que quedara tras el primero. ¡Como si al primer sacramento le faltara poder y necesitara añadiduras! El primer sacramento es perfecto en sí mismo. La naturaleza de ambos misterios sacramentales es totalmente distinta como he intentado mostrar aquí.

Pues después de esto no puedo dejar de escribir unas breves líneas acerca de la relación entre el bautismo y la confirmación. He escuchado muchas veces cómo se decía que la confirmación completaba la gracia del bautismo. Eso es un reduccionismo totalmente paralelo al mostrado antes entre la confesión y la extremaunción. El sacramento del bautismo es perfecto, no le falta nada.

Bautismo y confirmación son sacramentos distintos, tan totalmente distintos, que lo ideal es recibirlos en dos momentos distintos de la vida del cristiano, con dos catequesis distintas y en dos momentos vitales diversos. Dejando a salvo, tal como indican los rituales, el caso de los que se bauticen ya en edad adulta, en

cuyo caso, el ritual indica que reciban todos los sacramentos seguidos: bautismo, confirmación, matrimonio y Eucaristía.

No es ésta la obra para hablar del sacramento de la confirmación en sí mismo. Pero administrarlo antes de la primera comunión basados en la idea de que completa el bautismo ya he mencionado que supone un enfoque reduccionista.

Recibirlo antes de la primera comunión implica recibirlo a una edad demasiado temprana en la que va a haber muy poca conciencia del gran misterio que es. Conviene recibir este don con la mayor comprensión posible por parte de la persona. La preparación durante un año considero que es importantísima para un sacramento como éste.

Si se recibe durante la catequesis de la primera comunión, se produce una excesiva concentración de sacramentos en dos años: confesión, confirmación y comunión. Los sacramentos dejan de ser jalones de la vida del cristiano, para pasar a ser vistos como meras etapas en el camino hacia la comunión.

Dado que para este sacramento en Occidente nunca ha habido una edad determinada, pienso que el mejor momento es recibirlo en torno a los catorce años. No me voy a extender en este tema, porque ésta no es la obra para ello. Pero no he podido resistir el escribir algo sobre el tema, por la razón del paralelismo citado: confesión-extremaunción, bautismo-confirmación.

Cuarta parte

Oraciones y aspectos rituales



oraciones para conferir el sacramento

Como siempre es útil tener a mano la fórmula esencial de este sacramento, no desaprovechamos la oportunidad de ofrecer aquí las oraciones mínimas necesarias para administrar la unción de los enfermos, por si tuvieran que ser utilizadas en un caso de emergencia en el que no hay tiempo para hacer todos los ritos. Insisto, se realizará la fórmula esencial sólo en caso de que no se disponga del ritual o no haya tiempo para hacer todos los ritos.

Fórmula de la unción

Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amén.

Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en la enfermedad. Amén.

Fórmula en latín

Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam adiuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti. Amen.

Ut a peccatis liberatum te salvet atque propitius allevet. Amen.

Fórmula para bendecir el óleo

Si el óleo no está bendecido, el sacerdote procederá a bendecirlo con la siguiente oración:

Señor Dios, Padre de todo consuelo, que has querido sanar las dolencias de los enfermos por medio de tu Hijo: escucha con amor la oración de nuestra fe y derrama desde el cielo tu Espíritu Santo Defensor sobre este óleo.

Tú que has hecho que el leño verde del olivo produzca aceite abundante para vigor de nuestro cuerpo, enriquece con tu bendición ✝ este óleo, para que cuantos sean ungidos con él sientan en el cuerpo y en el alma tu divina protección y experimenten alivio en sus enfermedades y dolores.

Que por tu acción, Señor, este aceite sea para nosotros óleo santo, en nombre de Jesucristo, nuestro Señor. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Fórmula de la confirmación

En caso de que conste que el moribundo no está confirmado, se le puede administrar con el mismo óleo anterior el sacramento de la confirmación. Por supuesto, si se dispusiese de santo crisma, se usará el crisma. Pero si no se dispone de él, se usará el mismo óleo recién bendecido. Después se le ungirá en la frente con esta fórmula:

Recibe por esta señal ✝ el don del Espíritu Santo.

Indulgencia plenaria

Por la facultad que me ha sido otorgada por la Sede Apostólica, yo te concedo indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados, ✝ en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

La antigua fórmula del Ritual Romano

En el antiguo rito de la unción de los enfermos del Manual Romano, la ceremonia constaba fundamentalmente de los siguientes elementos:

- lectura de los siete salmos penitenciales
- letanía de los santos
- imposición de la mano sobre la cabeza
- seis unciones: en los ojos, los oídos, la nariz, la boca, las manos y los pies.

Un hecho interesante es que en el anterior rito de la unción de los enfermos, a los sacerdotes se les ungía no en las palmas de las manos, sino en la parte opuesta. Para simbolizar con esto que las palmas ya habían sido ungidas en el ritual del sacramento presbiteral. Y que, por tanto, no se volvía a ungir lo que ya estaba ungido.

Por su indudable interés histórico y teológico, colocamos aquí los antiguos ritos de la unción tal como aparecían en el *Ritual Romano*. Aquí sólo transcribo la parte de las unciones.

In nómine Pa✠tris, et Fí✠lii, et Spíritus ✠ Sancti, extingúatur in te omnis virtus diaboli per impositionem mánuum nostrárum, et per invocatiómem gloriósæ et sanctæ Dei Genitrícis Vírginis Mariæ, ejúsque íncltyi Sponsi Joseph, et ómnium sanctórum Angelórum, Archangelórum, Mártýrum, Confessórum, Vírginum, atque ómnium simul Sanctórum. Amen.

Deinde, intincto pollice in Oleo sancto, in modum crucis ungit infirmum in partibus hic subscriptis, aptando proprio loco verba formæ in hunc modum:

Ad oculos

Per istam sanctam Unctió ✠nem, et suam piíssimam misericórdiam, indúlgeat tibi Dóminus quidquid per visum deliquísti. Amen.

Minister vero, si est in Saccris, vel ipsemet Sacerdos, post quamlibet Unctionem, tergat loca inuncta novo globulo bombacii,

vel rei similis, eumque in vase mundo reponat, et ad ecclesiam postea deferat, comburat, cineresque projiciat in sacrarium.

Ad aures

Per istam sanctam Unctió✝nem, et suam piíssimam misericórdiam, indúlgeat tibi Dóminus quidquid per audítum deliquísti. Amen.

Ad nares

Per istam sanctam Unctió✝nem, et suam piíssimam misericórdiam, indúlgeat tibi Dóminus quidquid per odorátum deliquísti. Amen.

Ad os, compressis labiis

Per istam sanctam Unctió✝nem, et suam piíssimam misericórdiam, indúlgeat tibi Dóminus quidquid per gustum et locutióem deliquísti. Amen.

Ad manus

Per istam sanctam Unctió✝nem, et suam piíssimam misericórdiam, indúlgeat tibi Dóminus quidquid per tactum deliquísti. Amen.

Et adverte, quod Sacerdotibus, ut dictum est, manus non inunguntur interius, sed exterius.

Ad pedes

Per istam sanctam Unctió✝nem, et suam piíssimam misericórdiam, indúlgeat tibi Dóminus quidquid per gressum deliquísti. Amen.

simbolismo de los lugares de las unciones en los sacramentos

Según la legislación actualmente vigente, hoy día para conferir el sacramento de la unción de los enfermos se puede utilizar tanto el ritual posterior al Vaticano II, como el anterior del Ritual Romano. Voy a hacer algunas consideraciones espirituales sobre las unciones del de la unción de los enfermos en el anterior rito, el previo a la reforma del Vaticano II.

Desearía, antes de nada, dejar claro que me gustan ambos rituales, y que creo que es bueno que existan ambos. Y considero que es bueno que existan los dos rituales, porque el antiguo tiene un carácter más místico, mientras que el nuevo tiende a dirigirse más a lo esencial. Uno, dicho en latín y en el que sólo habla el sacerdote, tiene un carácter más solemne, que se presta más a contemplarlo. El segundo se presta más a participarlo, entre otras cosas porque se entienden las oraciones. Por eso creo que ambos tienen sus propias virtudes y es bueno que coexistan ambos, tal como ocurre en la actual legislación litúrgica.

Dejando claro, por tanto, que me gustan los dos rituales, el anterior rito pienso que simboliza la culminación de la progresión de las unciones que se practican en los rituales de los sacramentos que tienen lugar durante la vida del cristiano. Pasemos a analizar los lugares donde se practican estas unciones y su simbolismo espiritual.

Bautismo

PECHO: Para que en ese corazón more el amor de Dios.

CORONILLA: Como si por allí entrara la gracia que desciende de lo alto.

Confirmación

FRENTE: Símbolo del entendimiento. Se pide a Dios que otorgue un mayor entendimiento de las verdades espirituales por parte de la inspiración del Espíritu Santo. Secundariamente, también puede ser símbolo de que nuestra frente debe resplandecer con la manifestación de la luz del Paráclito.

Orden sacerdotal

MANOS: Ellas son símbolo del obrar. El presbítero impone las manos como símbolo del poder que se desprende de ellas. También se ungen porque van a tocar las especies consagradas.

CABEZA: Al obispo se le unge la cabeza, para que Dios ilumine el entendimiento de ese obispo y así pueda regir bien a su rebaño y sea inspirado por el Espíritu Santo a la hora de comprender las Sagradas Escrituras y las verdades de la fe.

Unción de los enfermos

Ojos, oídos, nariz, boca, manos, pies: El sentido es ungir los cinco sentidos corporales. Las manos símbolo del obrar. Los pies se ungen para caminar por el camino del bien. El simbolismo de los demás sentidos está claro. La nariz se unge para poder percibir el aroma de las cosas celestiales.

La progresión de las unciones

Obsérvese que el camino de los sacramentos durante la vida del cristiano supone una progresión simbolizada por las unciones. Se comienza desde la coronilla poco después de nacer, y se termina en los pies poco antes de morir. La coronilla como símbolo del lugar donde cae la gracia de lo alto. Los pies símbolo de esos pies que han caminado y que requieren por un lado ser purificados, y por otro ser santificados para pisar el lugar santo del templo de la presencia de Dios. Las unciones, como se ve, comienzan por la cabeza (también el agua bautismal) y acaban por los pies, habiendo recorrido las distintas partes del cuerpo.

La primera parte que en el parto aparece es la coronilla. Mientras que en la muerte la última parte que se unge son los pies, porque esa persona se pone en camino hacia su morada eterna.

El número de las unciones

Contando con que las unciones de algunas partes son dobles, por ejemplo, en el caso de las manos, en total el sacerdote practica diez unciones sobre el enfermo. Después de tantas unciones, se termina con una unción final y suprema que implica a todo el cuerpo. Al sacerdote se le unge, sobre todo, para tocar el Cuerpo de Cristo. Pues mucho más sublime es ya no tocar esas especies consagradas, sino entrar ante la Presencia y ver su sustancia.

Por eso la unción de la unción de los enfermos es la unción suprema. El mismo sacerdote al ser ungido, lo es sólo en una parte de su cuerpo. El enfermo lo es en todo el cuerpo. El sacerdote sólo tocará al Santo de los Santos, el enfermo se sumergirá en ese misterio.

Unos sacramentos tienen unción en su ritual, otros no

No se unge en la confesión, porque este sacramento supone simbólicamente la acción de lavar. Tampoco en el matrimonio, porque este sacramento supone forjar un vínculo, simbolizado en ese anillo. Estos dos sacramentos –bautismo y matrimonio– están simbolizados por el agua y el metal. No solo no se requiere añadir más símbolos, sino que por su naturaleza les conviene la simplicidad. Mientras que al sacerdote sí que le conviene la unción, porque se produce el sacramento desde unas manos ungidas, y al recibir la Eucaristía –al comulgar– se dirige a un pecho también ungido. Se trata de un sacramento éste de ungidos y para ungidos.

No todos los sacramentos conviene que tengan una unción, pero algunos sí. Pero obsérvese que por muy santa que sea la unción del sacerdote o el obispo en el ritual del sacramento del orden sacerdotal, más grande fue durante siglos esta séxtuple unción de los laicos antes de entrar en el Templo de los cielos. Donde antes (en el sacramento del orden) hubo una unción, durante siglos hubo seis en la extremaunción. Porque el alma va a pasar del misterio oculto (la Eucaristía) a la realidad manifiesta de la inmersión consciente en la esencia de Dios.

administrando el sacramento in modo solemne

Antes ya me he referido al que considero como momento óptimo para recibir el sacramento. También he tratado el tema de la preparación del alma para ese momento. Ahora me voy a referir al modo más solemne posible para administrar el sacramento por parte del ministro. Dejando claro, antes de nada, que en la mayor parte de los casos lo que voy a explicar aquí será difícil de realizar o, sencillamente, imposible. Esto que voy a decir en muy pocos casos será realizable. Pero explicarlo será un beneficio para todos: porque nos muestra de un modo visual la importancia de este misterio sagrado.

Por otra parte, hay que dejar claro, antes de comenzar la descripción, que hay que respetar al enfermo que quiera recibir el sacramento en la más estricta intimidad. Optar por el modo más sencillo, simple y privado de recibir este sacramento es tan loable como el modo solemne que voy a describir; y es el enfermo el que debe decidir.

Hay personas que son muy religiosas, personas de misa diaria que cada día siempre han hecho media hora o más de oración mental, que rezaban el rosario y dedicaban tiempo a la adoración del Santísimo Sacramento. Para esas personas, la unción de los enfermos debería tener la solemnidad de una unción sacerdotal, porque, en verdad, han llevado una vida sacerdotal, con el sacerdocio común de los laicos.

Hay laicos que han llevado una vida más sacerdotal que algunos consagrados con el sacramento del orden. Para estos hijos de Dios santificados por toda una vida, este ceremonial debería tener un cierto carácter de culminación, de coronación. Hablo de coronar una vida, pero es que para algunos este rito es una auténtica precoronación, un preámbulo para las alegrías, recompensas y honores que van a tener lugar en el Reino donde está el Trono rodeado de los veinticuatro tronos.

La persona que va a recibir el sacramento lo ideal es que se haya preparado durante, al menos, una semana para este momento, que haya leído algún libro sobre la extremaunción para hacerse muy consciente de lo que va a recibir.

Habrà que decidir cuándo se recibe el sacramento. Si el enfermo opta por dilatar su recepción al máximo, para prepararse mejor (antes de la agonía, pero consciente), la familia y el médico observarán el avance de la enfermedad. Un día se le comunicará al enfermo que el momento ha llegado y que va a recibir el sacramento a tal hora del día siguiente o de esa misma jornada.

Se preparará un altarcito para la Eucaristía, porque tras la extremaunción se le dará el viático: manteles, velas, un crucifijo. Antes de que llegue el sacerdote, veo bien que se perfume la habitación o que se ponga incienso; eso si lo permite la salud respiratoria del enfermo.

El sacerdote llegará a la habitación revestido con alba y estola. Aunque haya llegado a la casa vestido con clergyman, lo ideal que se vista para esa ceremonia con la mayor solemnidad. Sin descartar el uso de la capa pluvial o, incluso, el que lo acompañen dos acólitos revestidos con alba. Pueden ser personas de la parroquia o seminaristas o amigos del moribundo.

El sacerdote colocará la Eucaristía sobre el altarcito. Todos estarán de rodillas adorando la presencia de Jesús que ha venido a esa casa. El sacerdote y los acólitos se sentarán ante la píxide y harán media hora de oración. Los familiares podrán sentarse a la entrada de la habitación. Dentro lo normal será que no haya espacio para colocar sillas, hay que evitar una aglomeración excesiva de gente en el dormitorio.

Las familias de estas personas muy religiosas suelen ser muy creyentes a su vez. Así que lo normal que casi todos quieran estar adorando a Jesús, allí, en su casa: a Jesús que visita a su marido o padre o abuelo.

En esa media hora se preparará el moribundo, para recibir la acción de Jesús sobre su alma. Se preparará el sacerdote, para entender la acción que va a hacer. Los familiares orarán para que Dios ayude a su pariente. Incluso los dos o tres amigos más íntimos, detrás de los parientes, podrán ser invitados para presenciar la ceremonia que culmina su vida en la tierra. Estas personas presentes están allí de forma activa: orando por el enfermo, para que reciba más gracias o la sanación corporal si Dios lo ve adecuado. Hay que crear un ambiente de recogimiento: mejor si la luz no es muy intensa. La mejor luz es la natural y, si es de noche, pueden ser suficientes las velas del altarcito: dos, cuatro o seis velas principales. A ambos lados de la Eucaristía se pueden colocar velas más pequeñas como ornato.

Lo mejor será colocar un mueble digno que haga de altar, aunque para ello haya que mover algún otro mueble de su sitio. También será muy adecuado colocar el altarcito de forma que se vea por parte de los familiares que están fuera. Muchas veces, lo mejor es que el sacerdote se siente a un lado para no tapar con su cuerpo la píxide. El altarcito se puede colocar a los pies de la cama, para que el enfermo recostado sobre almohadones lo vea enfrente. Si está recostado de lado, se puede colocar a un lado de la cama: es la última adoración de Jesús sacramentado, tras años de adoración, tras miles de horas de adoración.

El sacerdote no piense que esta forma de dar el sacramento le quita tiempo. Porque va a tener que hacer su media hora de oración esa mañana o esa tarde de todas maneras. En vez de hacerlo en la iglesia, puede hacer su oración personal (meditación o rezo del breviario o su rosario) en esa casa. Magnífica ocasión para meditar sobre la vanidad de las cosas. El moribundo se transforma en motivo de meditación.

Si el sacerdote se concentra mal en una habitación con más gente, puede aprovechar para rezar el breviario o para hacer su lectura espiritual. Esta media hora no es ningún peso oneroso para su horario. Simplemente ora allí, en vez de hacerlo en otro lugar.

Bien preparados todos, suponiendo que se ha confesado en los días anteriores, procederá a realizar los ritos de la unción de los enfermos, leyendo lentamente, con toda concentración. El sacerdote tratará de vivir cada una de las ceremonias. Para la liturgia de la Palabra, se puede traer la biblia familiar y leer los pasajes (largos o cortos) que más le gustaban al enfermo, sin prisas. O se puede dejar que sean sus hijos y mujer los que escojan esos pasajes.

Acabada la extremaunción, se seguirá con la administración del Viático y la bendición apostólica. Acto seguido se le dejará a

solas al moribundo, para que se concentre en la presencia de Jesús en su pecho, para que nada le distraiga. El enfermo cerrará los ojos para no perder ni un momento de estar con Jesús. Los presentes saldrán sin despedirse, entendiendo que el moribundo en ese momento quiere quedarse a solas con Jesús.

No hace falta decir que una ceremonia así jamás será olvidada por los miembros de esa familia, desde los mayores hasta los más jóvenes. Una ceremonia realizada así no sólo es una catequesis, sino una impresionante efusión de gracia, sobre el moribundo y sobre todos los presentes. Los ángeles, los santos, la Virgen María están allí y se sentirá la presencia de lo celestial, todos recibirán una unción invisible. Todos querrán acabar sus días con una ceremonia de ese tipo.

Con una celebración litúrgica –el bautismo– comenzó la vida ese cristiano, con otra celebración litúrgica –la extremaunción– se concluye el camino de la existencia sobre la tierra. Será muy bonito que una ceremonia así sea lo último que vean los ojos del enfermo antes de despedirse del mundo.

Quédese tranquilo el que lea estas líneas que si le toca recibir el sacramento de manos de un presbítero aburrido que realiza los ritos a toda prisa y sin interés, la devoción del enfermo basta para suplicar a Dios esa efusión de gracia. El sacramento se recibe igual en esencia de manos de un sacerdote indigno que de un santo. Pero la preparación, modo, solemnidad, concentración, la santidad del ministro, conforman un todo que influirán positivamente en ayudar a las disposiciones del enfermo. Hay que advertir previamente que los teléfonos deben ser apagados. Distrae mucho escuchar vibraciones en los bolsillos de la gente, aunque estén en modo silencio.

Si el enfermo, aun consciente, ya no puede comulgar, será muy adecuado que el sacerdote traiga una píxide con formas consagradas. Así podrá administrar la comunión a los presentes de comunión diaria que deseen recibirla, pero que no quieran dejar al enfermo en sus últimos momentos de consciencia. La comunión puede administrarse a los presentes tras la extremaunción.

Salvo que el obispo otorgue permiso, no se celebrará misa en la habitación del enfermo. La Santa Misa debe celebrarse en un templo: en un lugar sagrado, sobre un altar consagrado. La ceremonia de la extremaunción descrita es un acto familiar y privado. Mientras que la misa es una ceremonia de la comunidad que debe celebrarse en un lugar público. No creo que sea adecuado otorgar ese permiso: la misa debe celebrarse en lugar sagrado sobre un altar consagrado.

Vuelvo a repetir lo que dije al principio del libro: saber el modo ideal de recibir el sacramento ayuda al enfermo y al sacerdote a entender un poco la grandeza de este misterio divino. Aunque después el sacerdote nunca, ni una sola vez, pueda administrar el sacramento en condiciones tan óptimas como las aquí descritas. Aunque el enfermo después de este libro se encuentre con una realidad más sencilla. Pero en esa sencillez vislumbrará el esplendor sagrado de este sacramento.

¿Cómo recibiría la reina Isabel la Católica este sacramento en su lecho? Imaginemos la escena de su alcoba acompañada ella de arzobispos, nobles, monjes, familiares y capellanes. Pues tratemos de poner esa magnificencia en el final de la etapa de un cristiano que hizo cada día una hora de oración ante el Santísimo, que era de misa diaria, que fue un patriarca para su familia. Que el final de su vida, a nivel ritual, tenga la magnificencia propia de un rey, pues en el más allá será un rey.

Cierto que en la habitación compartida de un hospital difícilmente se podrá hacer nada de todo esto. Falta espacio, la familia del enfermo de al lado tiene encendida la televisión, está hablando por teléfono todo el tiempo. Ya no digamos nada si el enfermo tiene una bacteria inmunoresistente y los que entran tienen que cubrirse con bata y guantes. En ese caso, habrá que celebrarlo de un modo extremadamente simple. El ideal está explicado, después hágase lo que se pueda.

Toda esta solemnidad se realiza si se puede y si el enfermo así lo desea. Pero si se hace así, no es una mera cuestión de belleza estética. Es un último y bellísimo solemne ritual situado justo en el extremo de una vida, justo en el otro extremo del bautismo que le introdujo en el seno de la Santa Iglesia Católica. Si tuvo una celebración para entrar en la Iglesia, con más razón, con mucha más razón, es lógico tener una celebración para concluir, para partir, para decirle adiós.

administrando el sacramento in modo máximo

No puedo resistirme a describir cuál sería el modo en que pienso que habría que conferir la extremaunción a un obispo si así lo desea él y hay tiempo suficiente para prepararlo todo. Dejando claro, antes de describirlo, lo que he dicho antes: que hay que respetar al enfermo que prefiera recibir el sacramento en la más estricta intimidad.

Se seguiría en todo el modo solemne antes descrito. Eso sí, con algunos detalles y particularidades. Para empezar, no habría que buscar un mueble adecuado que haga la función de altarcito. Sino que de la capilla del palacio se puede traer un altar portátil.

Un altar digno donde colocar un gran crucifijo con seis bellos candelabros.

Los celebrantes principales serán tres presbíteros revestidos con albas pluviales. Si no hay capas pluviales moradas, se pueden usar tres capas blancas con estolas moradas. Las ceremonias y oraciones se dividirán entre estos tres sacerdotes. Los tres celebrantes se colocarán a los pies de la cama. Tres sacerdotes revestidos con albas y estola se colocarán a un lado del lecho. Otros tres sacerdotes revestidos con sotana y roquete se colocarán al otro flanco.

Para estas ocasiones sería muy adecuado tener un ritual de grandes dimensiones y belleza, que lo sostendrá abierto un acólito. Los tres celebrantes principales harán las oraciones más importantes. Cada uno de los demás sacerdotes hará una parte de la ceremonia.

Si no hubiera tantos sacerdotes, podrán participar acólitos vestidos con alba. Pero lo ideal será que haya nueve personas rezando en torno al lecho del modo que he dicho. No es sólo una cuestión estética: serán nueve personas rezando por esa alma. Además, la belleza de esta ceremonia será un modo de expresar la grandeza del orden episcopal.

Aunque sea el obispo, esta ceremonia sólo se distinguirá en este hecho del número de clérigos y acólitos participantes y sus vestiduras. La ceremonia será la misma que para un laico.

Los sacerdotes podrán partir en procesión desde la capilla del palacio episcopal recitando la letanía de los santos o rezando el rosario. También será muy provechoso para el pueblo fiel el que la procesión de los nueve sacerdotes parta con los santos óleos desde la catedral hacia el palacio. Así todo el pueblo fiel se unirá a esa ceremonia.

Los sacerdotes, trabajadores del palacio y otros podrán orar a la entrada del aposento del obispo, lo mismo que se ha dicho anteriormente para el modo solemne. Aunque sea un dormitorio muy amplio, no habrá más de nueve sacerdotes y un acólito que sostenga el ritual. El acólito con la cruz procesional se quedará fuera, a varios metros frente a la puerta, pues en el dormitorio sólo habrá una cruz, la del altar.

Tras el viático, se le dejará a solas con Jesús. Tras la oración final y la bendición, lo mejor es que todos se marchen en silencio de la habitación. Las despedidas hay que hacerlas antes de preparación a la ceremonia. Después del viático hay que evitar distraerle durante, al menos, media hora: para que se pueda concentrar en hablar con Aquél que pronto verá tras traspasar el último velo.

Ojalá que, en esos momentos, el obispo, ardiente de amor, hecho una brasa de deseo, anhele atravesar el umbral que le separa de la presencia del Creador. Como sacerdote muchas veces ha subido al altar, ahora subirá a las moradas del Templo situado en el más allá, internándose finalmente ante el Misterio de los Misterios.

Como se ve, hay un solo ceremonial para conferir el sacramento de la extremaunción. Pero estas ceremonias, sin cambiar ninguna rúbrica, ni la más pequeña, admite tres modos:

–in modo simplice

–in modo solemne

–in modo maximo

Si se ve conveniente, este modo de máxima solemnidad se puede usar también con los sacerdotes o con grandes prohombres: reyes, jefes de estado, grandes intelectuales... Aunque, en el caso del obispo, será fácil conseguir rápidamente (en la sede episcopal) sacerdotes y acólitos. Mientras que no será tan fácil para un sacerdote en un pequeño pueblo.

epílogo

El que haya leído estas páginas, que después no se altere lo más mínimo si el ministro que Dios envía, administra el sacramento sin ganas, con prisa, y como si estuviera haciendo una cosa sin importancia. Tenga la seguridad el enfermo que Dios le dará a través de ese presbítero lo que Él quiere otorgarle. El sacerdote es un mero instrumento, la gracia proviene de Dios. Uno recibe el sacramento, en definitiva, de quien Dios determina en su providencia, pero la gracia viene del cielo. A través del sacerdote, pero viene de Dios.

Recuerde el moribundo que las gracias que uno recibe en cualquier sacramento, dependen de las disposiciones del que recibe el sacramento, y de lo que Dios haya dispuesto darle en ese acto sagrado. De forma que un cristiano puede recibir en su alma más gracia en la unción de los enfermos que otra persona en una ordenación episcopal. En cada sacramento, Dios otorga al alma las gracias que Él quiere.

Recuerde eso y comprenderá que no he exagerado al encarecer la grandeza y sacralidad de esta fuente misteriosa cuya agua de gracia proviene del Dios ante el que Moisés se descalzó, de la Palabra que existía antes de los siglos y que creó todo, del Espíritu Santo que desciende al contacto con ese santo óleo acompañadas de las palabras sagradas de la fórmula. Pues bien, el mismo Dios que creó todo, en el momento de la unción, quiere obrar en tu alma: purificarte, aliviarte, fortalecerte y consolarte. Nunca ponderaremos suficientemente qué cosa tan grande es el Séptimo Caño de la Fuente de la Divina Gracia.

A todos los autores, nos gusta escuchar los comentarios de nuestros lectores. Si desea enviarme un comentario sobre este libro, puede hacerlo con toda libertad en este correo: fort939@gmail.com



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



www.fortea.ws